

# Homenaje rendido a don Enrique Molina Garmendia, con motivo de sus Bodas de Oro de Maestro, el 16 de Diciembre de 1943

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL REGIDOR DE LA I. MUNICIPALIDAD DE CONCEPCION DON OSCAR A. GACITUA

Tienen los pueblos la obligación de señalar a la consideración de todos los habitantes a los hombres que se destacan en su acción en beneficio de la colectividad.

Es así como las ciudades ostentan con orgullo los monumentos que la nación ha levantado a soldados ilustres, a políticos insignes, a escritores de fama, a sabios cuyas luces han brillado como antorchas luminosas en el campo de las ciencias.

El cumplimiento de esta obligación va revelando que los pueblos quieren estimular a los que vengan mañana a jugar su parte en el concierto social. Es ésta, pues, una obligación que lleva envuelto un propósito de emulación y un afán de progreso, a la vez que constituye una garantía de mejoramiento de las condiciones de vida de todos los habitantes.

Pero, cuando el cumplimiento de esta obligación se verifica en la persona de un maestro, constituye un hecho que dignifica a un pueblo y lo enaltece en la consideración de todos.

¡Noble y generosa la labor que desarrolla el maestro! Noble y generosa, pero un tanto desestimada por la sociedad.

El maestro no es sólo el orientador de la generación presente para que pueda desempeñarse con eficacia en el futuro. No es sólo el inculcador de principios morales que garanticen una convivencia social en armonía con la cultura y el progreso. No es sólo el sembrador de ideas y de conocimientos. No es sólo el artista que modela esa materia plástica que es el niño para producir una obra de arte en el hombre.

El maestro es algo más que todo esto. Es el forjador de la grandeza de los pueblos. En sus manos está el futuro de la humanidad. Así como a él se pueden acreditar los progresos materiales del mundo, él es, también, el responsable de sus fracasos morales y espirituales.

Vivimos en una época excepcionalmente difícil para la humanidad. Se revela el hombre como el lobo del hombre y brilla con fulgores siniestros el puñal de Caín. Se tambalean las conquistas más caras de la humanidad y las palabras Democracia, Libertad, Justicia, Fraternidad, hallan ecos doloridos en el corazón de los hombres.

Vivimos en una época que se caracteriza por la velocidad. Se vive más a prisa y la muerte se siembra con precipitación inusitada. Desde las alturas vomitan la muerte aparatos veloces de destrucción, y no escapan a su zarpazo certero ni el niño en el regazo materno, ni la mujer que es madre, ni el anciano que es venerable.

Estamos en la época del puñetazo, del puntapié, de la radio, del avión, del cine, del aerodinamismo. La figura del sabio que quema sus ojos en el laboratorio desaparece tras la sombra que proyecta un campeón mundial o una bomba lanzada desde lo alto. La gente no quiere detenerse a pensar y se sigue viviendo vertiginosamente, movidos todos por un ansia infinita de olvidar. ¡Ha sufrido ya tanto la Humanidad!

Vamos perdiendo hasta el concepto de respeto a la personalidad humana. La mujer, en su función de madre, está siendo amenazada por el ansia brutal de satisfacción de un ins-

tinto, y se señala como el más hombre al que es capaz de romper los oídos de una mujer con palabra grosera o herir su sensibilidad con gesto inculto y venal.

Ante el desborde de las pasiones; ante la indiferencia por lo que realmente vale en la vida; ante el derrumbe evidente de los valores que la humanidad ha consagrado; ante esta carrera desenfrenada al abismo; ante el Apocalipsis que llega, es necesario que retumbe en todos los ámbitos del mundo, con sonoridades que hagan estremecer a todos los hombres, el grito de alerta de quienes sientan un poco de responsabilidad sobre sus hombros. Cada ser consciente del momento que vivimos debe constituirse en un maestro que oriente, un maestro que siembre, un maestro que ame, un maestro que invite a meditar.

\* \* \*

Un maestro que oriente. ¡Qué enorme importancia tiene que la sociedad siga en su desenvolvimiento una senda definida, única manera de encauzarla en un progreso que garantice la felicidad y el bienestar de todos sus elementos constitutivos! El barco que navega a la deriva no llega a puerto alguno.

Orientar es educar. Es dotar a los individuos de brújulas que le señalen siempre el norte. culminación de sus aspiraciones. Hay en el cielo de toda noble ambición una estrella que encontrar y que nos indica un camino a seguir.

Fijar una orientación definida en la vida del joven; dotarlo de elementos que le permitan mantener un rumbo; capacitarlo para que pueda dirigir el timón hacia un puerto seguro, donde encuentre la satisfacción de nobles ideales, esa es tarea que corresponde al maestro de verdad.

La dolorosa y brutal experiencia que estamos viviendo nos indica que ha faltado esa orientación. Se ha hecho el esfuerzo por darla; pero los hombres no han sabido aprovecharse de los medios puestos a su alcance y han preferido lanzarse a la deri-

va, permitiendo el choque horrendo de intereses mezquinos que han precipitado a la humanidad en un caos inmenso.

¡Qué enorme tarea de orientación corresponderá al maestro del mañana! Si la humanidad no quiere repetir la experiencia, ha de exigir que el hombre encargado de orientar espíritus y conciencias realice su obra con abnegación y sacrificio, con interés y amor.

Un maestro que siembre. Fértiles están los campos de la tierra con la sangre generosa de millones de hombres que han sucumbido en los campos de batalla. Revive la fecundidad de la tierra con el alma de la juventud que muere. Es preciso sembrar. Y al maestro corresponde la parte principal en esta obra inmensa en sus proyecciones e inmensa en su realización. Los surcos están siempre abiertos esperando la semilla que ha de germinar en una humanidad renovada en sus valores fundamentales.

Parece que una voz de todos los siglos se oyera en el ambiente diciendo: «Avanza, Sembrador de la buena simiente. Desparrama al viento el grano que ha de fructificar. Siembra, siembra, siembra... que la cosecha dependerá del empeño que tú pongas en la tarea y del amor con que alientes tu misión de sembrador».

Y cuando transcurran los años, el maestro que haya sembrado la buena semilla de la comprensión y del entendimiento entre los hombres, habrá hecho una contribución efectiva al afianzamiento de la paz entre las naciones.

Un maestro que ame. Si el amor no fuera sino una palabra, bastaría para redimir al mundo. Pero, además, es el amor una fuerza poderosa que orienta a los individuos hacia el bien. Inculcar en el niño y en el joven principios de honestidad, de justicia, de libertad, es contribuir a su desempeño más eficaz en la vida social. Pero inculcarle amor en el corazón, es identificar al hombre con la divinidad!

Necesita la humanidad del maestro que ame. Porque para inculcar amor hay que saber amar. Y esta condición suprema no la puede llenar sino el maestro de vocación, el que por naturaleza sintió la necesidad de enseñar y supo orientar su vida para cumplir su noble apostolado.

No se compra la condición de maestro con su título universitario. Se nace maestro como se nace hombre o se nace mujer.

Y es el maestro movido por esa fuerza infinita de la vocación el que puede poner el toque del amor en los corazones juveniles, para que haya entre los hombres de mañana mayor comprensión y espíritu de solidaridad.

Y será maestro que ame el que sepa sobreponerse a todas las miserias humanas y, teniendo por norte su noble misión, la cumpla sin vacilaciones y sin renunciamientos.

«Y por fin—dice Gabriela Mistral—recuérdame desde la palidez del lienzo de Velázquez, que enseñar y amar intensamente sobre la tierra es llegar al último día con el lanzazo de Longinos de costado a costado!».

En la hora terrible del presente necesitamos al maestro que invite a meditar. Falta tiempo para recoger el espíritu en la serena paz de la conciencia íntima. ¡Qué infinito placer es el que disfruta el hombre que es capaz de retirarse en la soledad de su espíritu y, frente a frente a su «yo», puede estudiar el pasado, analizar el presente y proyectar para el porvenir! Tenemos que enseñar a meditar y tenemos que imponer la meditación como una necesidad imperiosa en la vida del hombre y de la humanidad.

El desborde de las pasiones y de los apetitos nos ha hecho olvidar que somos imagen de la divinidad. Y si la divinidad es creación del hombre, ella representa, en todo caso, la sublimación de nuestros ideales y aspiraciones.

Meditar es ponerse en contacto con aquellas fuerzas que bullen impetuosas en el interior de cada ser. Es identificarse

con lo sublime que hay en nosotros mismos, para beber allí la inspiración que nos permita orientar nuestra vida por un sendero de bien.

\* \* \*

Concepción, la ciudad histórica entroncada en las raíces mismas de la conquista; la de recios habitantes; la de cultura universitaria; la de tradiciones heroicas; la rebelde y respetada; la noble y altiva, ha venido sacudiéndose con estremecimientos de fina sensibilidad para celebrar un acontecimiento sin par: las bodas de oro profesionales del Maestro de maestros, don Enrique Molina.

No ha quedado rincón de esta ciudad ni corazón penquista que no se haya sacudido con vibraciones de especial regocijo y de hondo cariño hacia don Enrique.

Ha cumplido cincuenta años como maestro un hombre que nació maestro, que ha vivido como maestro y que seguirá siéndolo en el corazón de los chilenos más allá de su vida.

¡Cuántas generaciones han pasado por la mano cariñosa de don Enrique Molina! ¡Cuántos hombres de hoy sintieron el calor de su cariño y bebieron en la fuente inagotable de su sabiduría!

Orientó, hace medio siglo, el rumbo de su vida hacia las actividades docentes, porque supo obedecer a un impulso incontrolable de su corazón. Y se transformó en el mejor orientador de la juventud. Ha señalado, en forma indeleble, en la vida de miles y miles de nuestros conciudadanos, el camino que los ha conducido al triunfo, les ha permitido luchar con eficacia en la conquista del diario vivir y les ha capacitado para desenvolverse en la sociedad como elementos que representan un valor positivo en el progreso.

Puso en las manos de tiernos niños y de jóvenes adolescentes, el timón que había de guiar las naves de sus vidas al

puerto del triunfo, y les enseñó a manejar la brújula orientadora para seguir sin vacilaciones el rumbo de sus mejores aspiraciones.

Fué sembrador durante cincuenta años, y aun se mueve el brazo generoso de su espíritu desparramando a los cuatro vientos la semilla de la verdad. Ha cosechado con plenitud, porque sembró con generosidad. Y hay siempre surcos abiertos que esperan que de su mano llegue la simiente inagotable y fecunda de sus conocimientos y de su ciencia. ¡Sembrador de cincuenta años, que tiene todo el vigor de una juventud y toda la experiencia de una noble ancianidad!

Puso amor en todos los corazones, porque es amor la fuerza que lo mueve. No conoció ni conoce la bajeza del odio ni la pequeñez de la venganza. Si el amor es fecundo, a ello se debe la fecundidad asombrosa de la obra espiritual y cultural de don Enrique. Sabe él que ser maestro no es adoptar actitudes hieráticas, sino sentir humildad en el corazón. Es tenderse en el camino para hacer más suave la senda de los niños y entregarse en renunciación para hacer más comprensiva la vida de los hombres.

Sabe él que ser maestro no es mirar de arriba para abajo con orgullo, sino cara a cara y con suavidad, con verdadero amor. Es tender la mano con calor de fraternidad y estrecharla con fuerza de convicción. Es sentir esa disposición de espíritu que hizo musitar a Gabriela Mistral aquella oración: «¡Señor!, Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra que Tú llevaste por la tierra».

¡Y cuántas veces este maestro de todos nos ha invitado a la meditación! Su obra filosófica, diseminada por todos los continentes, es una súplica inmensa invitando al hombre a meditar, a recogerse en las intimidades de su espíritu, a comulgar con lo divino que haya en su personalidad.

Y ha cumplido don Enrique su misión de maestro con am-

plitud maravillosa, porque es hondo en la concepción de sus ideas y profundo en la riqueza de su lenguaje.

\* \* \*

Don Enrique: ha querido la I. Municipalidad, representante genuina de Concepción, no tan sólo sumarse a los homenajes que os han rendido círculos diversos, sino además condensar, en un acto sencillo pero significativo, la admiración que os profesa y la gratitud que os debe por vuestra magnífica contribución de medio siglo al progreso de la Patria y de esta ciudad. Quiere significaros que admira la noble manera en que habéis cumplido el apostolado de toda una vida. Quiere significaros, además, su gratitud por la contribución inapreciable que habéis hecho a la cultura de la ciudad de Concepción.

Y al brindaros este homenaje, modesto en su aspecto material, pero a tono con la modalidad base de vuestro espíritu, quiere presentaros un recuerdo que lleva en cuño de oro la efigie de Atenas, diosa de la sabiduría y el escudo de la ciudad de Concepción.

## DISCURSO DE AGRADECIMIENTO DE DON ENRIQUE MOLINA

He tomado en mis manos, señor Alcalde, con honda emoción, esta hermosa medalla de que Ud. en cumplimiento de acuerdos de la I. Municipalidad se ha servido hacerme entrega. He escuchado conmovido las bellas palabras que con este motivo ha pronunciado mi distinguido amigo el señor regidor don Oscar Gacitúa. Ha sido una oración magnífica. Ha sido como siempre en todos sus discursos muy elocuente y conceptuoso, y todavía, en este caso, muy benévolo. Ya quisiera parecerme yo, siquiera de lejos, a la excelente imagen del maestro que ha trazado. Por lo que a uno y a otro, y detrás de ambos a la I. Corporación, me complazco en expresarles desde luego mis sentimientos dominantes y les digo que me hallo muy honrado y agradecido. Pero hay algo más aún.

Me parece que este precioso objeto, perdurable por la noble substancia de que está fabricado y por la significación que para mí encierra, viniera cargado además, por deberlo a la institución rectora de los destinos de nuestra ciudad, con la esencia de la riqueza histórica de Concepción, lo que infunde a mi gratitud algo del hondo recogimiento que impone la grandeza. Tierra cuya fe de bautismo se halla escrita con la sangre de dos razas heroicas que aquí se midieron como en pocas partes de América; verdadera capital del reino de Chile en aquellos tiempos azarosos; asiento del primer tribunal superior de justicia del país; sede del más antiguo instituto universitario entre nosotros, la Universidad Pencopolitana, fundada a principios del siglo XVIII, años antes que la de San Felipe; fortaleza de corazones más que de murallas, donde se lanzó el grito de independencia después de haber sido la primera que resistió al invasor español; cuna de rebeldes en contra de malos gobernantes y del centralismo, plaza de ciudadanos esforzados en

pro de la cultura y muchos de los cuales han sido sus alcaldes; emporio de establecimientos como ninguna otra ciudad de la República, fuera de la metrópoli, los tiene; foro donde se enfrentan y se debaten los más encontrados ideales y tendencias del mundo contemporáneo dentro de una ejemplar tolerancia. Todas estas ejecutorias de altiva hidalguía y civilización se condensan en el espíritu cívico que es el ambiente de esta casa representativa de Concepción, que vosotros, señor Alcalde y señores regidores, habéis sabido siempre interpretar. Ejecutorias que dan a esta medalla un troquel moral que el artífice que la labró no ha podido ni estaba en sus manos transfundirle.

No son los escasos méritos que se me puedan reconocer por mis trabajos, aunque éstos se hayan dilatado en un espacio de cincuenta años, la razón verdadera de esta distinción de que me enorgullezco. Ella se encuentra en este espíritu cívico, numen tutelar de esta ilustre sala, y en vuestra bondad señores ediles, que para mayor satisfacción y agradecimiento míos, me ha llegado nimbada con el prestigio de la unanimidad de vuestros pareceres.

Ha sido la actual una oportunidad que vuestras almas de patriotas, señores, han querido hacer valer para destacar la importancia de la función educadora en las conquistas del progreso local y nacional, y aún humano. Así lo ha hecho ver, por lo demás, en su brillante pieza oratoria el señor Gacitúa. La irradiación de vuestro noble gesto debe llegar hasta los más modestos de los educadores jóvenes. La carrera del profesorado no es siempre ingrata, como tan a menudo e irreflexivamente se dice. Empecé yo también siendo un desconocido, escaso de recursos, sin valimientos, sin influencias y sin nombre. Aquella fué la aurora que al iniciar la brega pertenece por igual a todos los jóvenes y que casi añoro al presente que me encuentro en el ocaso. Aunque se me diga, y no pretendo negarlo, que hay ocasos con crepúsculos que no carecen de encantos y aún crepúsculos que suelen dilatarse largamente.

De todas maneras, siento el alto homenaje de que me habéis hecho objeto, fuera de motivo de íntimo regocijo, como un espaldarazo que me armara de nuevo caballero o cruzado para seguir luchando. Os aseguro que es una fuerza espiritual la que me comunicáis y, por todo, mi corazón os queda profunda e inolvidablemente reconocido.

## ERNESTO BOERO LILLO

CARTA AL SEÑOR ENRIQUE MOLINA

Santiago, 21 de Diciembre de 1943.

Don Enrique:

Para llegar hasta usted con el modestísimo presente de mis palabras y mis recuerdos, deliberadamente he estado esperando que cesaran los innúmeros homenajes que le han rendido a usted por sus diez lustros de educador sin par,—homenajes grandiosos por sus proporciones algunos, emocionantes por la belleza de sentimientos otros, y todos, de una hondura de significado no fácil de volver a ver en la vida educacional y social chilena.

Puede haber en esta actitud mía, o un fondo de timidez, de retraimiento, o —¿paradoja del subconsciente?—un deseo de llegar solo, sin formar parte de ningún coro, por magnífico que fuere.

Pues bien, porque ya me lo imagino en el refugio de su hogar y de su Universidad, serenado su espíritu puesto a prueba de tantas emociones, llego yo para decirle que con usted he estado y vivido todos esos instantes supremos de su vida de maestro y he sentido henchírseme el alma de satisfacción y alegría al ver que a su alrededor por fin se manifestaba en forma brillante y unánime la gratitud humana. ¡Cuánta verdad hay en la frase de Van Dike: «el maestro tiene el más mísero de los salarios y la más espléndida de las recompensas morales»!

Vivos están en mis recuerdos aquellos tiempos cuando usted llegó a hacerse cargo de la Rectoría del Liceo de Concepción. Formaba parte yo de un curso no muy brillante en sus estudios oficiales, pero con una acentuada inquietud espiritual.

Con usted llegó un nuevo e intenso soplo de vida a la ciudad entera. Su acción no se circunscribió al aula liceana. Para usted, maestro y ciudadano,—¡resurrección de la Grecia inmortal!—el aula fué la ciudad toda, e hizo remover tantos espíritus de valer que dormían bajo la inquietud de sus afanes cuotidianos. Así, gracias a su impulso nació el Ateneo de Concepción, y, luego después la Extensión Secundaria y Universitaria. El Teatro Concepción fué entonces escenario de reuniones públicas de la más alta calidad artística. De un salto, al conjuro mágico de su palabra persuasiva, Concepción dejó de ser un pueblo huraño, con positivos pero avaros valores espirituales, y su juventud rió, como nunca antes lo había hecho, y con ella toda la ciudad vibró en las más bellas alegrías de las fiestas primaverales.

Los muchachos del Liceo de aquellos años — recuerdo a Francisco Santibáñez, a Rolando Merino, a Francisco Aguilera — bajo los corredores conventuales, pobremente conventuales, del Liceo viejo, comentábamos, con frases admirativas, tan sorprendente eclosión—perdone este galicismo, don Enrique,— del espíritu y del intelecto penquista. Brillaron nombres como los de Ignacio Verdugo Cavada, Exequiel de la Barra, Luis David Cruz Ocampo, Abraham Valenzuela (padre e hijo), Enrique Marshall, Carlos Quilodrán Roa, Juan Eduardo Moreno, y varios más. Y junto a éstos la palabra sabia, con un poder de atracción único, de «nuestro Rector», de «Don Enrique», que era oro puro, de la más alta ley, para nuestras ansias adolescentes. ¡Con qué recogimiento lo escuchábamos, don Enrique! Los días aciagos de la Revolución Francesa, los «vivíamos» bajo la magia de su disertación, y salíamos de clase con la emoción silenciosa que produce lo grandemente trágico, y lo enormemente heroico, lo magníficamente sublime. Y usted—ya estábamos en el edificio nuevo del Liceo—en los corredores del tercer piso desde donde se domina la ciudad, terminada la clase, continuaba con nosotros, en un grupo familiar por la cor-

dialidad, como de padre e hijos, hablándonos de la grandeza del alma humana, de lo inconmensurable del espíritu del hombre, de la fe creadora e impulsadora de grandes acciones, del idealismo, de la dignidad, del más allá, de Dios... Y así, hasta que la llegada del crepúsculo nos hacía disolver el grupo atento que formábamos y regresábamos a casa, meditabundos... con pocas ganas de estudiar y resolver los guarismos matemáticos de don Pedro Muñoz, o, en vez de tomar la «Física Experimental» de Ziegler y Gostling, para la rendición de cuentas que al día siguiente nos exigiría don Humberto Vergara, Rodó con su «Ariel» y Plutarco con sus «Vidas Paralelas» nos absorbían el espíritu, el alma y la voluntad...

«Recordar el pasado es como pasar bajo el arco de la muerte», dice en uno de sus libros el Marqués de Bradomín. Este ayer que hoy recuerdo, para mí es como empezar de nuevo a vivir.

Y no quiero recordar más, don Enrique, porque sería cuento de nunca acabar.

He querido solamente, con estos recuerdos, hacerle ver a usted lo que usted era para nosotros. Y hoy, después de tantos años—¡no quiero saber cuántos!—usted es todo eso y mucho pero mucho más... Y aquí la palabra se hace pobre y torpe, pequeña, incapaz, y prefiere callar.

Con todo lo dicho y lo no dicho, va mi espíritu total, rendidamente hacia usted.